

Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América.  
Tomo III: Jornadas VII, VIII, IX y X, 2011, 2012, 2013 y 2014. Eduardo García Cruzado (Coordinación).  
Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2015. ISBN: 978-84-7993-263-3. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/3633>

# Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América

**Tomo III.** Jornadas VII, VIII, IX y X  
2011, 2012, 2013 y 2014  
"Casa Martín Alonso Pinzón"  
Palos de la Frontera

Excmo. Ayuntamiento de Palos de la Frontera  
UNIA\_Campus Santa María de La Rábida



# Wilhelm Sundheim y la recuperación del americanismo a finales del siglo XIX

**María Antonia Peña Guerrero**

Catedrática del Área de Historia Contemporánea de la  
Facultad de Humanidades de la Universidad de Huelva

Comenzaré por el final. Acabada la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América en la provincia de Huelva, se retiraron las colgaduras y luminarias de las calles, se desmontaron las grandes arquitecturas efímeras de la fachada del antiguo Convento de La Merced, se despidió a los visitantes foráneos y se vio zarpar desde la ría al crucero “Conde de Venadito”, en el que habían permanecido alojados los miembros de la familia real y dónde se habían llevado a cabo algunas recepciones protocolarias. El resultado de la conmemoración podía considerarse un éxito rotundo. Así lo aseguró públicamente el diputado conservador Manuel de Burgos y Mazo y así lo ratificó el Gobierno, que pretendió agradecer sus esfuerzos y los del empresario Wilhelm Sundheim con sendos títulos de nobleza. Ni uno ni otro aceptaron este reconocimiento: el primero, en un alarde de modestia política que le era muy propio; el segundo, por considerarlo improcedente dada su nacionalidad alemana y por su carácter de representante consular<sup>1</sup>.

Ambos, efectivamente, habían desempeñado un papel sustantivo en la organización de los fastos de agosto y octubre de 1892, pero, sobre todo, habían sido responsables, en gran medida, de la recuperación de un espíritu americanista y colombino que había yacido perdido durante los últimos siglos. Si en el caso de Burgos y Mazo esto podía considerarse relativamente normal, dado su reconocido perfil intelectual y su decidida apuesta por ganar protagonismo en la vida provincial y encaramarse a los primeros puestos de la política nacional; en el de Sundheim, sorprende en particular que la reivindicación de un pasado glorioso que vinculaba a la provincia de Huelva con el Descubrimiento de América procediera de su súbdito alemán ajeno por naturaleza a la cultura y la historia de los onubenses.

La primera aparición de Wilhelm Sundheim en la ciudad de Huelva de la que tenemos constancia documental se produce a finales de 1863 y con el objeto de realizar un trámite notarial. Tenía

---

<sup>1</sup> Manuel de Burgos y Mazo, *Antología histórica*. Valencia: Ed. América, 1944, p. 50. *La Provincia*, 23-10-1892.

entonces 23 años, se dedicaba al comercio y residía habitualmente en la ciudad de Sevilla<sup>2</sup>. Difícilmente se hubiera podido presagiar entonces que este joven extranjero, nacido en el año 1840 en Giessen (una pequeña localidad alemana del condado de Hesse-Darmstadt), acabaría convirtiéndose en uno de los más activos empresarios de la España del último tercio del siglo XIX<sup>3</sup>.



Imagen 1: Retrato al óleo de Wilhelm Sundheim

<sup>2</sup> Archivo Histórico Provincial de Huelva (en adelante A.H.P.H.), Protocolo Notarial, Escribanía de Alejandro Cano, Sustitución de poder de Guillermo Sundheim a favor de Hofgerichts Advocat, 25-11-1863, leg<sup>o</sup> 4.829, f. 1375.

<sup>3</sup> María Antonia Peña Guerrero, “Capital extranjero y modernización económica: la agenda empresarial de Guillermo Sundheim (1840-1903)”, en Eloy Navarro Domínguez; Pilar Ron Vaz, y Mercedes Guinea Ulecia (eds.), “A Real Civilization”. *El legado británico en la provincia de Huelva*. Punta Umbría (Huelva): Ayuntamiento, 2008, pp. 15-48.

En aquel momento, Guillermo Sundheim y Giese, adaptación castellanizada de su nombre, ya llevaba al menos un año viviendo en España dedicado, como otros muchos empresarios extranjeros de su tiempo, a la localización y prospección de nuevos yacimientos mineros susceptibles de ser explotados con éxito. Entre las muchas hipótesis que podemos barajar para explicar su recalada en la península, la que más credibilidad aporta, desde luego, es la de que fuera comisionado para explorar las posibilidades de inversión en el sector de la minería, pero no queda aún claro si fue enviado por su pariente el barón de Nottebohm, radicado en Bremen; por el célebre comerciante Frederick Huth o por el empresario escocés Hugh Mackay Matheson, con el que, de hecho, su vida volvería a cruzarse algunos años después<sup>4</sup>. En cualquier caso, en 1865, junto a su socio, el también alemán Heinrich Mauritz Doetsch, Sundheim constituiría una sociedad comercial, la *Sundheim & Doetsch*, que se convertiría en lo sucesivo en el sostén jurídico de toda una intensa y extensa actividad empresarial en buena medida independizada de la de sus antiguos mentores<sup>5</sup>.

En apenas otros cinco o seis años, una vez afincado definitivamente en el municipio de Huelva y tras una imparable campaña de denuncias mineras, compras y arrendamientos, Sundheim llegaría a convertirse en uno de los mayores productores y exportadores de manganeso de todo el país y en un destacado productor de hierro, plomo y cobre. Aun así, su verdadera relevancia dentro del sector minero no llegaría hasta 1873 y como consecuencia de su decisiva intervención en el proceso de venta de las minas estatales de Riotinto. Sacadas a subasta en tres ocasiones consecutivas por un Estado apremiado por las deudas e instalado en la filosofía de la desamortización, este excepcional yacimiento no encontró compra-

---

<sup>4</sup> W.R. Lawson, *Spain of Today. A Descriptive, Industrial and Financial Survey of the Peninsula. With a Full Account of the Rio Tinto Mines*. Edimburg and London: William Blackwood and Sons, 1890, pp. 72 y s. Michael Williams Lisle, "Merchant Banking Dynasties in the English Class Structure: Ownership, Solidarity and Kinship in the City of London, 1850-1960", en *The British Journal of Sociology*, vol. 35, nº 3, 1984, p. 339. José Tejero y González de Vizcaíno, "Sundheim y su gesta", en *Economía Onubense*, nº 1, 1955. *La Provincia*, 8-8-1903.

<sup>5</sup> A.H.P.H., Protocolo Notarial, Escribanía de José María de la Corte y Gutiérrez, Escritura de la Sociedad Comercial *Sundheim & Doetsch*, 19-1-1865, legº 313, f. 31.

dor efectivo hasta que Sundheim y su socio Doetsch se trasladaron personalmente a Londres para movilizar sus contactos en la *city* e impulsar la formación de un consorcio de empresarios y banqueros encabezados por el ya mencionado Hugh Mackay Matheson. Sólo así éstos, quedaron firmemente convencidos del interés productivo del yacimiento y de la gran conveniencia de su tasación<sup>6</sup>.



Imagen 2: Fotografía de Henry Doetsch

<sup>6</sup> Charles Harvey, *The Riotinto Company. An Economic History of a Leading International Mining Concern, 1873-1954*. Penzance: Alison Hodge, pp. 5 y s.

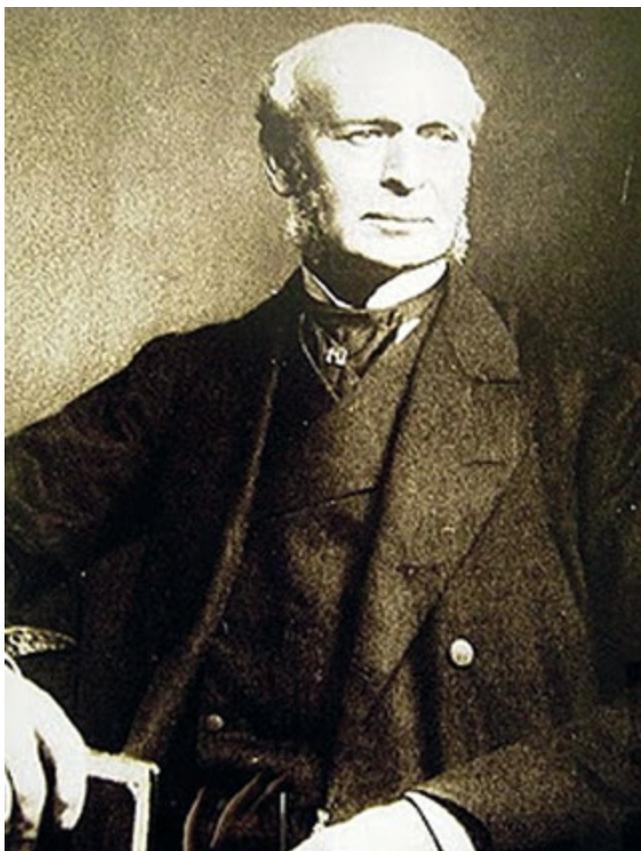


Imagen 3: Fotografía de Hugh Mackay Matheson

A partir de ese momento, el desenvolvimiento económico de la *Río Tinto Company Limited*, la primera empresa mundial productora de cobre y sulfuros hasta bien entrado el siglo XX, no puede entenderse sin tener en cuenta la influencia que Sundheim y Doetsch ejercieron sobre ella: éste último, en cuanto miembro directivo de su Consejo de Administración e ingeniero encargado de la supervisión de los procedimientos técnicos empleados para la extracción y beneficio del mineral; el primero, como su representante oficial en España y titular de la empresa que garantizaba a la Compañía los suministros básicos para su funcionamiento y una vía expedita de

interlocución con la sociedad onubense y española. Y también al contrario, pues la mayor parte de las iniciativas empresariales de Sundheim, al menos hasta el año 1895, siempre contaron con el apoyo financiero que le proporcionaban las filiales bancarias de la sociedad *Matheson & Company*. Contar explícita o implícitamente con el respaldo de una compañía internacional tan potente habilitaba, además, al alemán para mantener un trato directo con las autoridades provinciales, e incluso con el Gobierno español, en cuestiones que excedían el estricto ámbito de lo económico y se extendían con frecuencia al dilatado espacio de sus intereses personales o de su preeminencia social. El caso que pretendo abordar en estas páginas –su contribución a la recuperación del espíritu americanista a finales del siglo XIX– es un ejemplo de ello.

Por sí solas, estas circunstancias que acabo de exponer podrían justificar suficientemente el interés historiográfico de reconstruir la trayectoria vital de Guillermo Sundheim y, a través de él, desentrañar las claves de ese complejo mundo empresarial que rodeó la expansión minera española del último tercio del siglo XIX. Sin embargo, no sería riguroso reducir a su intervención en el sector minero un recorrido empresarial que dejó sentir también su presencia –y de forma muy acentuada– en otros sectores. Así, en el ámbito ferroviario, cabe responsabilizar a Sundheim de la construcción de tres líneas férreas de interés prioritario en el ángulo suroccidental del territorio español: la línea de Minas de Riotinto a Huelva (que lógicamente se desarrolló en coordinación con la *Río Tinto Company*), la línea de Sevilla a Huelva (transferida posteriormente a la Compañía MZA) y la línea de Zafra a Huelva, metamorfosis férrea de la antigua “Vía de la Plata” que habría de constituir una privilegiada salida al mar de los productos y recursos extremeños<sup>7</sup>.

Al margen de estos dos sectores prioritarios, Sundheim sostuvo también, desde la atalaya empresarial de la *Sundheim & Doetsch*, un negocio bancario de carácter privado muy al uso de la época e iniciativas de modernización agraria que, principalmente, aplicó en

---

<sup>7</sup> María Antonia Peña Guerrero, “Guillermo Sundheim y el ferrocarril. Un modelo de inversor extranjero en el sector ferroviario español”, en Emilio Romeo Macías (ed.), *Los ferrocarriles de la provincia de Huelva: un recorrido por el pasado*. Huelva: Universidad de Huelva, 2006, pp. 51-76.

la enorme finca de Peguerillas, adquirida a su suegro con motivo de la quiebra económica de éste en los años ochenta. Finalmente, cabría añadir a éstos otros dos nichos de actividad: las instalaciones fabriles (dedicadas, por ejemplo, a la producción de mármol, guano o ladrillos) y la precoz incursión en el sector turístico (concretada en la construcción del Gran Hotel Colón, la potenciación turística de la playa de Punta Umbría o la rehabilitación del Baleario del río Odiel). Poco antes de su fallecimiento, acaecido el 7 de agosto de 1903, Sundheim pudo incluso irrumpir en el panorama obsoleto de la pesca tradicional que caracterizaba las costas del Golfo de Cádiz con la constitución de “La Atlántica”, una sociedad formada con participación de capitales franceses, que aportaba la novedad de aplicar la navegación de vapor a la explotación de los recursos pesqueros<sup>8</sup>.

No es difícil imaginar que esta abigarrada escenografía económica contextualizaba una intensa presencia en la esfera pública. A la frecuente ocupación de cargos en instituciones de carácter económico, cultural y social (como la Junta de Obras del Puerto, la Real Sociedad Económica de Amigos del País o el Consulado alemán), hay que sumar el liderazgo ejercido en iniciativas de presunto interés colectivo, como la organización de visitas reales y gubernamentales, la fundación de un Museo Arqueológico, la creación de una Escuela de Bellas Artes o de una Sociedad Filarmónica, entre otras: iniciativas aparentemente puntuales que, no obstante, adquirirían en el contexto de la época un carácter transversal y proclive al empoderamiento de aquél que las canalizaba y hacía suyas.

Sin duda, el más importante de todos estos emprendimientos sociales estuvo vinculado a la recuperación del espíritu americanista y se canalizó a través de la creación de la Sociedad Colombina Onubense y de la reclamación pionera de que la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América tuviera a la provincia de Huelva como escenario principal. La generación de un ambiente intelectual proclive a estas demandas y el desarrollo de infraestructuras turísticas y viarias asociadas a estos proyectos no fueron, por lo demás, cuestiones ajenas al proyecto americanista, que, aparte de sus connotaciones culturales y sociales, constituía una demostración de madurez política y económica en una provincia avasallada

---

<sup>8</sup> Archivo del Registro de Sociedades Mercantiles de Huelva, Inscripción de la sociedad anónima “La Atlántica”, 13-2-1903, libro VI, f. 157.

hasta entonces por el cunerismo y en pleno proceso de expansión urbana y capitalización industrial.

“...es imposible desconocer que Huelva, con su inolvidable aunque modestísimo Monasterio de Santa María de La Rábida y su vecina playa, más bien que puerto, de Palos de Moguer, donde Colón halló asilo, alientos, recursos y hombres que le acompañasen y secundasen, partiendo de allí mismo las primeras naves que directamente arribaron al Nuevo Mundo, merece de parte del Gobierno singular atención. Logrado está ya que aquel suelo y aquel brazo de mar sean recorridos en los primeros días del Centenario por los doctos miembros del Congreso de Americanistas, que celebrará entonces su nona reunión.

Por otra parte, la Comisión nacida del segundo de los decretos de 1888, tantas veces citado, había ya pensado en ejercitar sobre tan gloriosos sitios su iniciativa, con ocasión del Centenario. Tócale al Gobierno ahora que tales intenciones reciban de hecho alguna mayor extensión”.

Con estas palabras, extraídas de la exposición que Antonio Cánovas del Castillo dirigió a la Reina regente María Cristina el 9 de enero de 1891, el entonces Presidente del Consejo de Ministros dejaba fuera de duda el protagonismo que la ciudad de Huelva debía tener en la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América; pero, al mismo tiempo, denunciaba el atraso de los preparativos y la necesidad de situar en los llamados parajes colombinos más actos de los que hasta el momento se habían previsto<sup>9</sup>.

Como respuesta a esta petición, la corona emitió un Real Decreto en el que se ratificaba en su composición y funciones a la Comisión de la Conmemoración nombrada en 1888, se creaba una nueva Junta Directiva del Centenario y se adoptaban medidas concretas para reactivar la preparación de los actos. En lo que a Huelva podía afectar, se designaba oficialmente al Monasterio de La Rábida como sede del Congreso Internacional de Americanistas y se disponía la adopción de “las medidas indispensables para la consolidación, restauración, apropiación y embellecimiento posible del antecitado (*sic*) monasterio y sus alrededores, haciendo por igual manera más

---

<sup>9</sup> *Conmemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Documentos oficiales. Primer folleto.* Madrid, Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1891, pp. 15 y s.

accesible el embarcadero de Palos a fin de facilitar las visitas que ha de traer la conmemoración”. Por lo demás, el protagonismo de Huelva no terminaba ahí, pues el mismo decreto establecía que los actos en la provincia podrían desarrollarse entre el 3 de agosto y el 3 de noviembre de 1892 y que en la nueva Junta Directiva debían tener presencia, previa solicitud, el alcalde de la ciudad de Huelva y el presidente de la Sociedad Colombina Onubense<sup>10</sup>.

Con independencia de este reconocimiento por parte de las cúpulas del poder madrileño, lo cierto es que el empuje de los onubenses para que la conmemoración tuviese efecto de una forma digna resultaba ser uno de los más tempranos y, sin duda, pioneros en la creación del ambiente cultural que precedió al IV Centenario. Bernabéu Albert considera que el primer movimiento que se puede apreciar en este sentido es la creación de la Sociedad Colombina Onubense el 21 de marzo de 1880, definiendo entre sus fines el de contribuir a la exaltación de la epopeya descubridora y estrechar las relaciones entre España e Iberoamérica. La primera reunión constitutiva de la sociedad se celebró en los salones de la Diputación Provincial, bajo los auspicios del gobernador civil, Francisco de Asís Pastor, y con la asistencia de un nutrido grupo de empresarios, propietarios, representantes políticos y ciudadanos vinculados al mundo de la cultura. Guillermo Sundheim no apareció entre aquellos que se repartieron los principales cargos dentro de la nueva Sociedad ni en las comisiones constituidas para encargarse de los festejos o de las actividades administrativas, científicas y literarias de la misma. Desconozco en realidad si había participado en aquella primera sesión fundacional que había tenido lugar, precisamente, al día siguiente de haber sido galardonado con el nombramiento de “hijo adoptivo” de la ciudad de Huelva; sin embargo, me consta, según las informaciones periodísticas del momento, que tan solo una semana más tarde el alemán hizo expresa su adhesión a la recién creada asociación. En este pronunciamiento le acompañaron también su suegro Fernando de la Cueva y Cáceres y su contable Adolfo Rey<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> Real Decreto de 9-1-1891.

<sup>11</sup> Salvador Bernabéu Albert, *1892: el IV Centenario del Descubrimiento de América en España*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987, pp. 33. *La Provincia*, 22, 24 y 28-3-1880. También aparecían como socios fundadores de la Sociedad Colombina Onubense algunos otros individuos del círculo personal y profesional de Guillermo Sundheim, como José María Parejo

La Sociedad Colombina Onubense se mantuvo muy activa hasta mediados del año 1880 y sus actividades recibieron una cobertura exhaustiva por parte del periódico *La Provincia* que, a través de numerosos artículos y editoriales, apoyó la labor de sus miembros y contribuyó con no poco apasionamiento a difundir sus principios. Con todo, si la visibilidad en la prensa puede ser tomada como un síntoma de vitalidad, habría que indicar también que, a partir de ese momento y a lo largo de 1881 y 1882, por el contrario, la joven Sociedad Colombina pareció languidecer. Ni siquiera la celebración en Madrid del IV Congreso Internacional de Americanistas entre el 26 y el 29 de septiembre de 1881 provocó respuesta pública alguna por parte de los socios onubenses. Tampoco lo hicieron algunas visitas de americanistas, como la del ministro plenipotenciario de Colombia José María Quijano y Otero, catedrático de Historia en la Universidad de Santa Fe de Bogotá, que, encontrándose en ese momento en plena redacción de una biografía sobre Colón, aprovechó su participación en el Congreso para visitar el Monasterio de La Rábida en los últimos días del mes de octubre. Resulta significativo, en este sentido, que, a su llegada a Huelva, sólo acudieran a recibirle los profesores del Instituto de Enseñanza y algunos representantes oficiales de la Diputación y el Ayuntamiento, pero no una delegación comisionada por la Sociedad Colombina. Esta ausencia en los espacios públicos traduce, de hecho, la neurastenia que la Sociedad presentó también en su esfera interna y queda patente durante estos años en la ausencia de reuniones y en la falta de documentación consiguiente<sup>12</sup>.

En ese contexto, es la irrupción de Guillermo Sundheim en la Colombina la que parece haberla sacado de su letargo. Sundheim fue elegido vicepresidente de la Sociedad en su junta del 11 de marzo de 1883, después de que, como he indicado, durante casi tres años, la entidad hubiera dormitado sin dar muestras de energía

---

y Bécquer, Gustavo Brandt y Primavesi, Teodoro Blum Tröeger, Jorge Riecken y Gesdes, Augusto Meyer y Brandt o Antonio Matarredona. Rosario Márquez Macías, "La creación de la Sociedad Colombina Onubense", en *Huelva en su Historia*, nº 2, 1988, pp. 643-646.

<sup>12</sup> *La Provincia*, 28 y 30-10-1881. De hecho, en los fondos documentales de la Sociedad, las actas de sus reuniones saltan de agosto de 1880 a marzo de 1883. Archivo de la Sociedad Colombina Onubense (en adelante, A.S.C.O.), Libros de Actas.

alguna. En contraposición, el alemán había sostenido una incansable actividad al frente de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, había multiplicado su presencia en los círculos culturales de la ciudad, había puesto en marcha y ejecutado el proyecto del Hotel Colón y gestionaba ya en los círculos madrileños la celebración en Huelva de las festividades del IV Centenario. En la nueva directiva de la sociedad, configurada ese 11 de marzo, la presidencia había recaído en Manuel Vázquez López, pero lo cierto es que alguna renuncia -que no consta documentalmente- hubo de producirse, pues en las siguientes reuniones Guillermo Sundheim apareció ya como presidente efectivo, manteniéndose en ese puesto hasta la sesión celebrada el 29 de marzo de 1885<sup>13</sup>.

A lo largo de los dos años largos que Sundheim ocupó la presidencia, sus esfuerzos se concentraron básicamente en preparar los festejos anuales del día 3 de agosto, que conmemoraban la efemérides de la partida de las tres carabelas desde el puerto de Palos, y en sentar las bases para la magna celebración de 1892. Durante su mandato también se comenzaron las gestiones para abrir una suscripción popular y recoger fondos con los que construir un monumento conmemorativo del Descubrimiento en las inmediaciones del Monasterio de La Rábida. Igualmente, se acordaron nuevos nombramientos de socios honorarios entre personajes relevantes de la política y la cultura, se convocó un concurso de obras sobre Colón y se solicitaron aportaciones económicas para realizar una primera celebración del 3 de agosto. Sundheim acompañó su circular del 22 de mayo de 1884 con el envío de la Memoria de actividades de la Sociedad correspondiente al año anterior y no dudó en reclamar donativos a alcaldes, diputados, escritores y diplomáticos. El propio Braulio Santamaría, periodista muy conocido en Huelva pero que en esos momentos residía en Madrid, fue comisionado para requerir este tipo de apoyos incluso a la familia real<sup>14</sup>.

Mientras tanto, desde las páginas del periódico *La Provincia* se aprovechaba cualquier ocasión propicia para reivindicar que los actos de la conmemoración del IV Centenario tuvieran como escena-

<sup>13</sup> A.S.C.O., Libros de Actas, Actas de las Sesiones de 11-3-1883, 27-4-1883 y 29-3-1885. *La Provincia*, 12-3-1883 y 28-4-1883.

<sup>14</sup> A.S.C.O., Correspondencia de D. Guillermo Sundheim, 1884. *La Provincia*, 22-5-1883.

rio central la provincia de Huelva. Y, en cuanto en la prensa madrileña el tema se sacaba a colación, su página de portada se volcaba en recoger correspondencias, cartas al director o editoriales en los que se vertían repetitivamente los argumentos justificativos de una celebración con sello onubense. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero quizás el más gráfico lo constituye el número del 8 de julio de 1883 en el que un largo artículo firmado por el escritor y sacerdote cubano Tristán de Jesús Medina, que invadía toda la primera página y buena parte de la segunda, antecedía a la crónica detallada de la inauguración del Hotel Colón. El mismo Medina, rubricando su artículo en La Rábida en junio de ese mismo año, volvería a abordar el tema el 10 de julio con una apelación directa a los méritos que Huelva reunía para acoger las celebraciones y, sobre todo, a la necesidad de comenzar los preparativos con suficiente antelación<sup>15</sup>.

Plena coincidencia tenían estas palabras con las que el mismo Guillermo Sundheim pronunció ante los miembros de la Sociedad Colombina durante la celebración del 3 de agosto de ese mismo año. Sin entrar a discutir la nacionalidad de Colón –debate que en ese momento enfrascaba a los especialistas de Francia, Italia y Portugal-, el alemán defendió calurosamente el derecho de Huelva a celebrar el IV Centenario arguyendo que las carabelas habían salido de estas costas y que su marinería procedía de estos pueblos:

“De ninguna manera, señores, fueron italianos, franceses o portugueses los que tripulaban las carabelas; eran españoles, eran hijos de la provincia de Huelva, corazones de bronce, valiente cual ninguno; el dinero era español y el que mandaba la escuadra era Cristóbal Colón, gran almirante, e *ipso facto* por el mando de naves españolas, tripuladas por españoles, era Cristóbal Colón *español naturalizado*, según el derecho común y el sentido común de todas las naciones entonces como hoy. Nada importa a la Historia de la humanidad dónde nació Colón, donde se crió ni dónde moró; toda la importancia de su paso por esta tierra reside en el acto del Descubrimiento de América, llevado a cabo desde

---

<sup>15</sup> *La Provincia*, 22-6-1883, y 8 y 10-7-1883. Un nuevo artículo de Tristán Medina, en este caso dedicado a “Colón moribundo”, aparecería publicado en el mismo periódico en fecha tan significativa como la del 12 de octubre de 1883.

un puerto español, con dinero español y con la exclusiva ayuda de españoles”<sup>16</sup>.

La alocución de Sundheim acabó con la reclamación de que las cenizas de Colón reposaran en un mausoleo especialmente erigido para él junto al Convento de La Rábida y con un brindis en agradecimiento al rey Alfonso XII y a su familia en cuanto principales valedores de los intereses de Huelva. Meses más tarde, aunque Guillermo Sundheim no pudo asistir, una delegación de la Sociedad Colombina se desplazó a Madrid para comparecer en el banquete conmemorativo del 12 de octubre que organizó el duque de Veragua. Braulio Santamaría y Francisco Hernández Quintero formaron parte de ella<sup>17</sup>.

En 1884, los festejos del 3 de agosto se desarrollaron casi en su totalidad en el Hotel Colón, y teniendo a su propietario como principal protagonista. De hecho, una de las crónicas más vibrantes de los mismos nos la ofrece un extenso artículo firmado con el seudónimo de *Mixpah* en el que la evocación de la gesta colombina se entremezcla con la exaltación de la figura de Sundheim y su centralidad en estos eventos:

“Anoche, a eso de las nueve y media, estando la terraza del Hotel Colón repleta de mujeres hermosas o distinguidas, de apuestos marinos luciendo sus elegantes uniformes, de autoridades civiles y militares, de personas de la sociedad más escogida por su talento o su posición, la música de Marina, que rodeaba la monumental fuente del parterre, rompió el silencio entonando la Marcha Real. Bajó entonces el peristilo el señor Sundheim, luciendo en su pecho la medalla que Pío IX regaló a la Sociedad Colombina Onubense y, seguido de varios miembros de ella, adelantose a recibir el objeto de distinción tan señalada. Al pasar la comitiva por las inmediaciones de uno de los grandes focos de luz eléctrica que iluminan el parque, descubrí al almirante Pinzón que, acompañado por sus ayudantes, venía de gran uniforme a presidir la fiesta literaria que, en memoria de Colón, celebraba la Sociedad”<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> *La Provincia*, 4-8-1883.

<sup>17</sup> *La Provincia*, 14 y 16-10-1883.

<sup>18</sup> *La Provincia*, 8-8-1884.

Con todo, el glamour de estas descripciones y la brillantez de los festejos no deben llevarnos a engaño. Cuando las luces se apagaban y las efemérides pasaban, la vida política y cultural de la ciudad de Huelva retornaba a sus afares cotidianos y el colombinismo volvía a quedar relegado frente a los contubernios electorales, el miedo a la proximidad del cólera y los graves problemas urbanísticos de la ciudad. Consciente de la falta de un verdadero respaldo por parte de las autoridades a la causa americanista, el mismo Sundheim llegó a proponer la disolución de la Sociedad Colombina argumentando que ésta no podía desarrollar correctamente su trabajo al no contar con el debido apoyo de las instituciones ciudadanas y las autoridades políticas y administrativas. Este comentario había tenido lugar en la sesión del 22 de marzo de 1885. Sólo unos días más tarde, y tras un par de Juntas Generales en las que se votó mantener la Sociedad, Sundheim abandonó la presidencia<sup>19</sup>. Suponía el final de un etapa de actividad liderada por él y en la que el alemán había sabido convertirse en el portavoz y defensor de los principios de la Colombina. Quizás por eso Bernabéu Albert lo cita, en una de sus primeras intervenciones como vicepresidente de la institución en 1883, para dejar constancia del espíritu que movía a sus miembros: “Decidida la primera nacionalidad de Colón entre Francia e Italia, enhorabuena que una y otra o las dos a la vez festejen los aniversarios de su nacimiento, pero en cuanto al Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, sólo corresponde a España celebrarlo como causa y a América como efecto”<sup>20</sup>.

Sundheim abandonaba, así pues, la presidencia de la Sociedad Colombina Onubense, pero en ella quedaban como vocales personas de su total confianza: por ejemplo, su amigo José María Parejo Bécquer y su sobrino Adolfo Lindeman. Por lo demás, su retirada no implicaba de ningún modo una renuncia a su proyecto personal de que el IV Centenario del Descubrimiento de América tuviera a Huelva como escenario fundamental y, a lo largo de los años siguientes, si bien de forma irregular, aun absorbido por otras aventuras empresariales, volveremos a verlo aparecer y reaparecer acaudillando este empeño, del que podía llegar a depender de

---

<sup>19</sup> A.S.C.O., Libros de Actas, Acta de la Sesión de 22-3-1885. *La Provincia*, 24 y 26-3-1885 y 2-4-1885.

<sup>20</sup> Salvador Bernabéu Albert, 1892: *el IV Centenario...*, p. 34.

manera muy perentoria el éxito de sus numerosas inversiones en el sector turístico.

En este universo provincial de negros y blancos, la escasa perseverancia que los onubenses demostraban en la defensa del proyecto fue en alguna ocasión denunciada por *La Provincia* contraponiéndola a la infatigable labor de Guillermo Sundheim: “Nos movemos como los volcanes, por súbitas erupciones; mucho ardor, mucho fuego, mucho ruido y mucha violencia en los primeros momentos, y después humo y cenizas; ¡nada!”. Y, en el mismo número en el que se incluía esta crítica, se reproducía una carta recibida por Guillermo Sundheim desde Nueva York en la que se le alentaba proseguir en la organización de los festejos de 1892 y a complementar éstos con la celebración de una magna Exposición Regional Onubo-Extremeña. Firmaba la misiva G.S.Martin<sup>21</sup>.

En cualquier caso, lo que parece estar fuera de discusión es que la inquietud americanista de algunos onubenses contrastaba en esos años con la flagrante pasividad del Gobierno. La Comisión organizativa de la conmemoración no fue nombrada hasta 1888 y fue un hecho patente que su actuación dejó mucho que desear. En reiteradas ocasiones, la prensa hizo denuncia pública de esa pasividad, poniendo en evidencia también la necesidad de que se reconociese la primacía que la provincia de Huelva -sobre otras, como las de Granada o Barcelona- debía tener en los actos que se organizasen. Así se pronunciaron, por ejemplo, publicaciones de alcance nacional como *La Ilustración Ibérica*, *La Vanguardia*, *La Concordia*, *El Álbum Iberoamericano* o *El Popular*<sup>22</sup>. Por lo demás, desde Huelva, la composición de esta Comisión organizativa recibió duras críticas por no haberse contado con la representación en ella de la Sociedad Colombina. Para reforzarlas, el 12 de abril de 1888, *La Provincia* insertó en su portada un extenso artículo del escritor que había impulsado la formación de la *Unión Iberoamericana*, Jesús Pando y Valle, en el que se excitaba a los responsables políticos a ampliar y diversificar la composición de la Comisión y a redoblar su actividad. Fue el primero de una larga serie de entregas que en días sucesivos

<sup>21</sup> *La Provincia*, 18-2-1887. G. S. Martin era el corresponsal en Nueva York de la *Gaceta de los Caminos de Hierro*. De su común interés con Sundheim por el mundo ferroviario podía proceder su amistad.

<sup>22</sup> Salvador Bernabéu Albert, *1892: el IV Centenario...*, pp. 38 y s.

irían apareciendo en las páginas del periódico, bien como colaboraciones propias, bien como reproducciones de lo que en Madrid se publicaba al respecto. Aunque la reivindicación de Huelva como escenario de los fastos de 1892 era común a todas ellas, otros temas se entrecruzaban con éste: unas veces se denunciaba el estado de abandono en el que se encontraba el Convento de La Rábida –infamemente encalado y convertido por la Diputación en una económica e improvisada hospedería para veraneantes-; otras, se proponía la instalación en Huelva de una Biblioteca y Museo Colombino o se sugería la erección de monumentos, templetos y lápidas<sup>23</sup>.

En términos generales, era el mal estado del Convento de La Rábida el que concitaba los lamentos más reiterados. La necesidad de una restauración íntegra de su estructura que recuperase los maltratados muros originales y la conveniencia de proceder a una redecoración digna de sus estancias dotándolas de objetos valiosos y evocadores se colocaba, desde luego, en el primer lugar de la lista de las tareas pendientes; pero no se dejaba de reconocer que también era imprescindible la construcción de un nuevo embarcadero y la reforestación y adecuación de un entorno que se asemejaba más a un páramo desértico y abrupto que a un paraje amigable y acondicionado para el acceso de los visitantes.

A mediados de 1890, la incuria, cuando no el obstruccionismo de las autoridades gubernamentales, indignaba a los colombinistas onubenses, haciéndoles saltar ya de la mera crítica cultural a la contienda política. En este sentido, en una de sus primeras intervenciones periodísticas, el escritor José Marchena Colombo no dudó en responsabilizar directamente al Ministro de la Gobernación, a la sazón miembro del Partido Liberal, de impedir que la Diputación Provincial de Huelva pudiera derivar una parte de su presupuesto a las obras del Convento. Desde luego, no sería ésta la única publicación de Marchena Colombo sobre el tema. Cuando en agosto se conoció la decisión de la Comisión madrileña de excluir a Huelva en el programa conmemorativo del IV Centenario otorgando fondos

---

<sup>23</sup> *La Provincia*, 20, 22 y 28-4-1888. A estas denuncias se añadiría más tarde la dirigida a los duques de Montpensier que, a cambio de haber contribuido económicamente a la última restauración del Convento, treinta años atrás, coincidiendo con su declaración como Monumento Nacional el 23 de febrero de 1856, se habían llevado como compensación el retablo gótico original. *La Provincia*, 16 y 20-11-1888.

solamente a Barcelona y Granada, Marchena retomó la pluma y publicó otro artículo de tono airado en el que directamente denunciaba la indiferencia de las autoridades locales y provinciales y atacaba a los diputados y senadores de Huelva por no haber sabido defender los intereses de la provincia: unos –los cuneros-, por no pertenecer a ella y ser insensibles a sus problemas; otros –los naturales del lugar-, por ocuparse sólo de la resolución de sus asuntos personales sin velar por el interés general de la ciudadanía. Como puede verse, el joven Marchena, de espíritu demócrata y republicano, trasladaba a la imprenta con estas palabras no sólo su crítica a lo sucedido, sino también su feroz oposición a un sistema caracterizado por la corrupción de su representación política<sup>24</sup>.

Contribuciones como ésta soliviantaron aún más los ánimos. Las páginas de *La Provincia*, siempre prestas a actuar como portavoces de la causa colombina, se volcaron en la protesta, instando en esta ocasión a que la sociedad onubense en su conjunto se manifestase contra las decisiones adoptadas en Madrid. Su llamamiento fue oído y terminó organizándose un “meeting” popular en el Teatro Colón, convocado para el 5 de octubre, en el que “un pueblo tan independiente, laborioso y honrado como el de Huelva, demostrará a la Comisión del Centenario que sabe rechazar las ofensas que se le infieren, y que, solo o acompañado, sabrá honrar la memoria de sus preclaros hijos”. Y parece que así fue. Aquella tarde de domingo miles de personas –según *La Provincia*, cuatro o cinco mil- imbuidas por un ambiente popular y festivo en el que no faltaban las aclamaciones, las bandas de música, los estandartes y las banderas, se congregaron en el Teatro Colón y sus inmediateces para expresar su reivindicación. Las invocaciones localistas y los discursos inflamados fueron la tónica predominante desde un proscenio en el que aparecían representadas las principales instituciones político-administrativas, religiosas y militares de la ciudad, pero también el comercio, la banca, la minería, los estudiantes y los vecinos en general. El almirante Luis Hernández-Pinzón y el banquero Manuel Vázquez López excusaron su ausencia: el primero, por motivos de salud; el segundo, a causa de una defunción ocurrida en su familia. También lo hizo Guillermo Sundheim, con una breve misiva dirigida

---

<sup>24</sup> *La Provincia*, 20-6-1890 y 14-8-1890. Al artículo de Marchena Colombo seguiría otro del mismo tenor firmado por José Rodríguez y publicado el día 20.

al director de *La Provincia* en la que explicaba tener que responder ante un compromiso contraído previamente:

“Mi querido Cabañas:

No puedo asistir mañana a la reunión por tener que asistir a un compromiso anterior a la convocatoria. Usted, en todo y por todo, lleva mi representación. Mi opinión es que en el año 1492 existían en Huelva y sus contornos hombres..., hombres enérgicos y modestos y que sabían sacrificar sus haciendas y sus vidas por altos ideales. Hablaban poco, pero obraban... y vencieron!

Suyo afectísimo amigo,

Guillermo Sundheim”<sup>25</sup>.

Fue precisamente José García Cabañas, entonces director del periódico *La Provincia*, el que a lo largo de aquél “meeting” transmutó los aplausos y la efervescencia reivindicativa en una serie de acuerdos concretos. Básicamente se trataba de elevar a la Reina regente y al Presidente del Gobierno un escrito solicitando que sus reclamaciones fueran debidamente atendidas. Este escrito rogatorio, además, debía ser llevado a Madrid por una comisión formada por una representación de la ciudadanía integrada por los individuos de mayor reconocimiento y prestigio de la provincia. La contestación, aunque indirecta, no se demoró y el día 14 de octubre se supo en Huelva, a través de una carta del académico Fernández Duro, que el mismo Cánovas, en cuanto director de la Real Academia de la Historia, había dado instrucciones para que los asistentes españoles al Congreso Internacional de Americanistas que se iba a celebrar en París consiguiesen que La Rábida fuera elegida como sede para la celebración del mismo en 1892<sup>26</sup>.

Quizás por su triple condición de intelectual, historiador y político, el entonces Presidente el Gobierno, Antonio Cánovas, parecía estar especialmente interesado en que la celebración del Centenario sirviera para revitalizar el prestigio internacional de la monarquía española, consolidando al mismo tiempo el sistema político que él mismo había creado y fortaleciendo la posición de España en el orden

---

<sup>25</sup> *La Provincia*, 22-9-1890, y 2, 4 y 6-10-1890.

<sup>26</sup> *La Provincia*, 14-10-1890.

diplomático mundial. La nueva Junta organizativa, que, como señaló con anterioridad, se superponía a la anterior, presentaba una composición más representativa y proyectos más abarcables, asumía las reclamaciones de la Sociedad Colombina Onubense y contaba entre sus secciones con una de Relaciones Generales, cuya vicepresidencia recayó en el almirante onubense, Luis Hernández-Pinzón, como representante de la Junta en Huelva. Cánovas, que había sido nombrado socio protector de la Sociedad Colombina Onubense en su sesión del 5 de noviembre de 1890, acabó concentrando en la provincia de Huelva los actos centrales del 3 de agosto y el 12 de octubre, que habían de conmemorar la salida de las carabelas del puerto de Palos y su llegada al continente americano. Además, consiguió efectivamente que el IX Congreso Internacional de Americanistas se celebrara en el Convento de La Rábida y, a tal efecto, dispuso la restauración del edificio y la erección en sus proximidades de un monumento conmemorativo<sup>27</sup>.

Muchas y muy contundentes debieron de ser las influencias ejercidas sobre Cánovas para que llegara finalmente a esta resolución. Manuel de Burgos y Mazo, en su *Antología histórica*, apunta que en un inicio el Presidente estaba resuelto a centralizar la celebración en Madrid, pero que, en virtud de las presiones recibidas desde Huelva, optó por cambiar esta decisión. En concreto, Burgos aludía a que, siendo él vicepresidente de la Comisión Provincial, la Diputación Provincial y el Ayuntamiento le habían puesto al frente de una delegación que, junto con representantes del clero onubense, había sido enviada a Madrid para presionar al Gobierno. “Nuestra entrevista con Cánovas -explicaba Burgos y Mazo- fue cordialísima, y aquel hombre insigne, comprendiendo la razón que nos asistía, se interesó enseguida vivamente por nuestra causa y nos ofreció formalmente que la conmemoración se celebraría con toda solemnidad, con la asistencia del Gobierno y de la Reina en La Rábida y en los lugares colombinos, para lo cual mandaría enseguida restaurar el Convento glorioso y construir una columna que simbolizara el próximo homenaje”. Sin atisbo de modestia, Burgos se arrogaba el haber contribuido decisivamente -tanto con su trabajo como con su dinero- a la preparación de la conmemoración; pero añadía, acto seguido, que otras dos personas habían aunado sus esfuerzos con los suyos. En este sentido, mencionaba a Ra-

---

<sup>27</sup> Salvador Bernabéu Albert, 1892: *el IV Centenario...*, p. 41.

fael López Hernández, alcalde de la ciudad de Huelva en aquellos días, y, por supuesto, a Guillermo Sundheim, “a quien Huelva debía ya muchísimos beneficios”. “Los tres éramos hombres de gran dinamismo espiritual, de voluntad firme, constante y decidida”, sentenciaba el exministro moguerense<sup>28</sup>.

Al margen de estos comentarios, es difícil saber hasta qué punto el cambio de actitud de Antonio Cánovas pudo estar motivado por la influencia que sobre él ejerció Guillermo Sundheim. La relación estrecha entre ambos me consta porque, en numerosas ocasiones, según se informó en la prensa, tanto él como su socio Henry Doetsch o su amigo Hugh Matheson frecuentaron su casa y compartieron su mesa. Y en las visitas de Cánovas a la provincia de Huelva, Sundheim fue siempre un anfitrión cumplido. Pero, en puridad, no hay verdadero refrendo documental que nos permita sostener esta hipótesis más allá del evidente interés de Sundheim por rentabilizar sus inversiones en la provincia y la construcción del Hotel Colón acogiendo en él a los asistentes a un evento de este nivel. En cualquier caso, de existir, estas gestiones las realizó a título estrictamente personal y no como portavoz de ninguna institución en concreto. De hecho, en la reunión que la Junta Directiva de la Sociedad Colombina sostuvo a principios de noviembre, ninguna alusión se hizo a una posible mediación del alemán<sup>29</sup>.

Así las cosas, en la Comisión Ejecutiva constituida en Huelva para la organización del IX Congreso Internacional de Americanistas y demás festejos conmemorativos, Guillermo y su sobrino Adolfo Lindeman, que ya había sido reconocido por él oficialmente como miembro de la familia Sundheim, tuvieron de hecho un gran protagonismo. Durante los primeros meses del año 1891, esta Comisión onubense, delegada de la madrileña, trató de compensar el tiempo perdido y, con la excusa de dar adecuada acogida a tan relevante reunión internacional, se afanó en desarrollar un programa completo de actuaciones entre las que se contaban la construcción de un embarcadero sobre la ría del Tinto, la mejora y acondicionamiento de los accesos -tanto desde el río como desde la carretera de Palos-, la restauración del Convento y la erección de un monumento

---

<sup>28</sup> Manuel de Burgos y Mazo, *Antología histórica...*, pp. 44-49.

<sup>29</sup> *La Provincia*, 6-11-1890.

conmemorativo, la construcción de un edificio que pudiera acoger el Congreso y que luego se convertiría en Biblioteca, Museo y Archivo Colombino, la dotación de espacios de servicio como hoteles, restaurantes o casinos, y la realización de una acometida de aguas potables. En 2.900.000 pesetas se estimó la necesidad de presupuesto para ejecutar estas obras<sup>30</sup>.

Con el cambio de actitud ministerial todo parecía posible, pues los respaldos gubernamentales se hacían cada vez más explícitos. Sin ir más lejos, el 9 de febrero una nutrida cohorte de prohombres madrileños desembarcó en los andenes de la estación de Sevilla ante una multitud expectante y unas elites ansiosas de que su proyecto fuera finalmente bendecido. Mientras la banda municipal entonaba distintos himnos, bajaron del tren Santos Isasa y Antonio María Fabié, ministros de Fomento y Ultramar respectivamente, y Mariano Catalina y el marqués de Aguilar, directores de Obras Públicas y de Agricultura, Industria y Comercio. Entre otros, les acompañaban el ingeniero jefe Sanz y Ricardo Velázquez, arquitecto del Ministerio. La noche antes ya había llegado el escritor Justo Zaragoza, secretario del Congreso. Durante los días que permanecieron en la provincia no faltaron los agasajos: saludo de las fuerzas vivas de la ciudad, encuentro con la Sociedad Colombina, visitas al Convento de La Rábida, Palos, Punta Umbría y las minas de Tharsis y Riotinto, almuerzos y cenas, rematados con bailes de gala y carnaval en el Hotel Colón y en el Círculo Mecantil, donde, según las crónicas de la época, la elite anglo-española de Huelva bailó el vals, la polca, el rigodón y el minué. Guillermo Sundheim no faltó a ninguna de las citas y supo convertir su Hotel en el escenario favorito de reuniones y actos sociales. También Enrique Doetsch tuvo su parte de protagonismo como cicerone y anfitrión en la visita al establecimiento minero de Riotinto<sup>31</sup>.

---

<sup>30</sup> La Comisión estaba formada también por importantes miembros del empresariado, la cultura y la política onubense: José Rodríguez, Francisco Hernández Quintero, Horacio Bel y Román, Emilio Sánchez, Emilio Cano, Braulio Santamaría, Rafael López Hernández, José Marchena, José Sánchez Mora, Francisco Jiménez y Sebastián Alonso, así como por una representación de los principales periodistas locales, entre los que se contaban Antonio Ramos Mora (director de *El Conservador*), Pascual González de Campo (director de *La Concordia*), Agustín Moreno Márquez (director de *El Boletín de las Escuelas*) y José García Cabañas (director de *La Provincia*). *La Provincia*, 18-1-1891, 8 y 10-2-1891.

<sup>31</sup> *La Provincia*, 10 y 12-2-1891.

El 13 de febrero los visitantes abandonaron la ciudad, pero no por ello ésta recuperó la calma. Y menos aún el propio Sundheim ¿Estaba Huelva de moda? ¿Había surtido efecto la publicidad internacional del Hotel Colón? El día 16 la infanta Eulalia con su esposo Antonio de Orleans, la princesa Elena y su séquito llegaron a la ciudad en un viaje de incógnito. Si es que eso era posible: en la estación les esperaban el gobernador militar, el secretario del Gobierno civil, Sundheim, Doetsch y un numeroso público atraído por la excepcionalidad de la visita regia. La comitiva fue escoltada hasta el Hotel Colón, donde se alojaban, por todos ellos. Durante dos días la infanta, conocida por su curiosidad y afición a los viajes, visitó las minas de Riotinto. Para entonces, el secreto de su presencia ya se había perdido absolutamente<sup>32</sup>.

Cerrado este paréntesis, los trabajos preparativos de la conmemoración del IV Centenario continuaron. Ni siquiera el fallecimiento del que entonces ocupaba la presidencia de la Sociedad Colombina, el almirante Luis Hernández-Pinzón, acaecido el 22 de febrero de 1891, pareció alterar el curso de los acontecimientos<sup>33</sup>. Sundheim y su sobrino Adolfo también retornaron a sus afanes. Ambos participaban en ocho de las 20 subcomisiones creadas por la ejecutiva madrileña. Correspondía a Guillermo, por ejemplo, la organización de las regatas, juegos en la ría, carrera de caballos y competiciones deportivas, así como la preparación del desfile de ayuntamientos de la provincia ante la reina, mientras que Adolfo había de presidir las subcomisiones destinadas a la publicación del programa de las fiestas, iluminación de las carabelas y fuegos artificiales, organización de bailes, conciertos y espectáculos teatrales, edición de un periódico extraordinario y entrega de bandera al crucero “Colón”. Uno y otro también formaban parte como vocales de la Junta organizadora del IX Congreso Internacional de Americanistas... pero esto no constituía, en puridad, una distinción excepcional pues la lista de vocales fue abrumadoramente larga y ocupó apretadamente las cuatro columnas de la extensa página del periódico *La Provincia* sin que faltara en ella -como cuestión de vida o muerte, existencia o inexistencia, visibilidad o invisibi-

---

<sup>32</sup> *La Provincia*, 18 y 20-2-1891.

<sup>33</sup> *La Provincia*, 22 y 24-2-1891, y 28-2-1891.

lidad- ningún individuo notable de la sociedad onubense. Y los Sundheim, desde luego, lo eran<sup>34</sup>.

No obstante, no todo fueron parabienes en aquellos preludios del IV Centenario. En determinados ambientes, la larga sombra de las influencias de Sundheim y su interés empresarial por atraer hacia Huelva la conmemoración de la efemérides se veían como una manifestación más del asfixiante control que el capital británico ejercía sobre la provincia y de la supeditación de los intereses colectivos de la población al beneficio particular del empresario. Buena prueba de esta actitud crítica hacia el creciente protagonismo social y económico del alemán la ofrece una severa crónica enviada desde Huelva a *Paris Gacette* y aparecida en este periódico francés el 25 de abril de 1891:

“(…) Los habitantes de Huelva manifiestan en cierto modo estar a la capa en este asunto [del Centenario]; el entusiasmo no es muy grande entre nosotros o por lo menos no es sincero. Huelva ha venido a ser el feudo de una banda de especuladores británicos que todo lo emprenden, todo lo invaden, y cuyo representante más caracterizado es aquí un Mr. Sundheim, *judío* alemán, que se cree el señor y dueño de esta comarca y ha sido bastante hábil para atraer a su juego a los jefes de nuestros partidos monárquicos, especialmente a Cánovas; hoy es Mr. Sundheim quien monopoliza aquí la influencia política y nada se hace sin su concurso. Es curioso ver un pedazo del territorio español transformado en colonia anglo-alemana por la protección oficial. La magistratura, los cargos municipales, la representación en las Cortes, el Gobierno, la policía y hasta la guarnición, todo depende de algún modo de este grupo financiero. Cuando, para dar brillo a las fiestas del Centenario en Huelva no se ha tenido en cuenta más que razones históricas y patrióticas nada se ha otorgado; pero desde que se trata de ser agradable al sindicato inglés, que tiene aquí un Hotel, un camino de hierro y otras industrias para las cuales la afluencia de viajeros es indispensable, todo se ha facilitado, el Gobierno y los ministros se han descompuesto y el reclamo oficial ha sido desplegado en todo su esplendor. (...) El centenario de Colón en Huelva se anuncia como un negocio redondo para algunos intrigantes anglo-sajones y como un *pastel*, bajo el punto de vista de la humanidad y el patriotismo”<sup>35</sup>.

<sup>34</sup> Archivo Municipal de Huelva, Fondo Díaz Hierro, carp. 1.041. La Provincia, 18-1-1891 y 14-3-1891.

<sup>35</sup> *Paris Gacette*, 25-4-1891. Cit. en *La Provincia*, 16-5-1891.

Así pues, los directivos británicos eran vistos como “una banda de especuladores”; la celebración del Centenario, como un “negocio redondo”, y a Sundheim se le tachaba de “judío”. Resulta muy significativo que estas denuncias coincidiesen en el tiempo con la circulación por la prensa madrileña y onubense de rumores acerca de la quiebra de una casa bancaria londinense que podía perjudicar gravemente al Banco de España y a la Compañía de Riotinto<sup>36</sup>. En todo esto, *La Provincia* no podía dejar de ver un perverso deseo de perjudicar a la *Matheson & Company* y a sus socios y una estrecha relación con la reciente derogación del decreto Albareda que prohibía las calcinaciones de mineral al aire libre. Como las correspondencias del *Paris Gacette* habían sido firmadas desde un municipio de carácter agrario como el de Gibraleón, lo que se insinuaba era que detrás de estos furibundos ataques volvía a encontrarse la vieja e incansable lucha de los antihumistas contra el sistema de beneficio de las piritas que utilizaban las empresas mineras. La indignada respuesta de *La Provincia* anunciaba que no entraría en la defensa de Guillermo Sundheim, “que no la necesita, pues es bien conocido y tiene perfectamente sentada su reputación”, pero ponía de relieve la difamación que envolvía estas palabras, argumentando que en toda Huelva se sabía que Sundheim era y había sido siempre católico y no judío.

Durante algún tiempo la polémica siguió abierta: a un lado, los periódicos onubenses prestos a disipar cualquier duda sobre la honestidad de Sundheim y los beneficios que su actividad empresarial y social reportaba a Huelva; a otro, el semanario francés, que agudizaba paulatinamente sus críticas a la preparación de los actos del IV Centenario. Si duro había sido el testimonio recogido en abril, más ácido resultaba aún el editorial de *Paris Gacette* impreso el día 2 de mayo en el que la conmemoración recibía el apelativo de “comedia ridícula”:

“(…) Se trata simplemente de una operación industrial que va a realizarse bajo el pretexto de Cristóbal Colón.

El actual Presidente del Consejo de Ministros de España, Sr. Cánovas del Castillo, interesado en la casa del sindicato Matheson, Sundheim y consortes, en su calidad de Presidente del Consejo de Administración del ferrocarril de Zafra a Huelva, está interesado en que los negocios de este grupo financiero prosperen, por lo que auxilia con toda su influencia oficial esta empresa de La Rábida, que debe salvar la situación de la

<sup>36</sup> *La Época*, 11-5-1891. *El Heraldo de Madrid*, 11-5-1891.

*Huelva Hotel Colon Company Limited*, cuyas acciones se cotizan a poco más de cero.

El gerente de este *mesón*, Mr. Sundheim, es el *factotum* del futuro Congreso [de Americanistas] y se han echado las redes con preferencia sobre los sabios alemanes; algunos han contestado, otros parece que desconfían de esta singular convocatoria, que va acompañada de un plano y que a la larga salta el negocio que establece<sup>37</sup>.

Retirando toda la maraña que pudiera envolver estos comentarios desabridos sobre la celebración del IV Centenario, lo cierto es que en un año tan crítico como el de 1891 -con convocatoria de elecciones en un marco novedoso determinado por la aplicación del sufragio universal- atacar a Sundheim era tanto como atacar a la Compañía de Río Tinto y denunciar los manejos e influencias de ésta suponía debilitarla en su dimensión política y favorecer así a los grupos políticos disidentes que vertebraban su programa en torno a la lucha contra el poder del sector minero. No en vano, la profusión de artículos periodísticos que acabó de referir venía a coincidir con la celebración de los comicios municipales<sup>38</sup>.



Imagen 4: Postal de la época en la que se refleja la conducción de los bloques de mármol desde las canteras de Fuenteheridos

<sup>37</sup> *Paris Gacette*, 2-5-1891. Cit. en *La Provincia*, 16-5-1891.

<sup>38</sup> Sobre el ambiente político de estos años, articulado en torno a los que defendía el poder minero y los que apostaban por la defensa del sector agrario en la provincia, véase, especialmente, el Capítulo 5 de mi libro *Clientelismo político y poderes periféricos durante la Restauración. Huelva, 1874-1923*. Huelva: Universidad de Huelva, 1998.



Imagen 5: *Carroza dedicada a la minería, diseñada por A.Matarredona para la procesión cívica de 1892*

En cualquier caso, a pesar de las críticas, a finales de ese mismo mes de mayo las obras en el Convento de La Rábida dieron comienzo bajo la dirección del arquitecto Ricardo Velázquez. Él mismo dio forma también al monumento conmemorativo del IV Centenario con la colaboración del escultor Faustino Nicoli. Ambos visitaron la fábrica de mármoles que Sundheim tenía en su finca de Peguerillas, en diciembre de 1891, para elegir los bloques más idóneos para la realización de las esculturas y relieves que debían ornamentar la columna votiva.

Pocos meses después, también se iniciaban las obras del embarcadero de La Rábida y se encargaba al pintor Antonio Matarredona el diseño y elaboración de las carrozas para el desfile cívico ante la Reina regente. No parece tampoco casualidad que se eligiera a Matarredona para realizar esta labor, puesto que éste

era el pintor de cabecera de Guillermo Sundheim y para él había trabajado, por ejemplo, realizando las decoraciones murales del Hotel Colón<sup>39</sup>.

Naturalmente, los meses previos al 3 de agosto destacaron por la intensidad y diversidad de las gestiones que los Sundheim –principalmente Guillermo y Adolfo– desplegaron en aras de un mejor lucimiento de las fiestas. Las idas y venidas a Madrid, se entremezclaron con las contrataciones y la preparación de toda la intendencia. Así, mientras Adolfo Sundheim, muy vinculado a los ambientes musicales, buscaba al compositor Luigi Mancinelli para ponerlo al frente de la orquesta que debía amenizar los festejos del Centenario, Guillermo acondicionaba un nuevo comedor en el Hotel Colón y supervisaba la confección de las carrozas. En el mes de junio, las páginas de la prensa se veían invadidas por el IV Centenario como si ninguna otra cosa importase para el presente y futuro de la provincia. Y, aunque los viñedos de la comarca de El Condado enfermaban víctimas de una plaga que se propagaba “con rapidez y extensión lamentable” o continuasen los graves problemas de salubridad de la ciudad, los tipos metálicos de la *minerva* no componían prácticamente otra cosa que loas a la gesta colombina y partes de estado de las obras, reparaciones, rifas, carteles, reuniones y preparativos que concernían a la conmemoración<sup>40</sup>.

Finalmente, según *La Provincia* –como siempre volcada con la exaltación del americanismo onubense– las celebraciones del IV Centenario gozaron del esplendor apetecido. Quien quiera conocerlas con detalle erudito sólo tiene que releer sus páginas, multiplicadas esos días en la medida en que, desde finales del mes de julio, la edición, que habitualmente veía la luz en días alternos, comenzó a ser diaria. Allí se dejó constancia de cada recibimiento, visita, evento, banquete o discurso. También Bernabéu Albert relata con detalle los actos que rodearon el 3 de agosto, auspiciados por la Sociedad Colombina Onubense y consistentes, entre otras cosas, en una velada artístico-literaria, que contó con la presencia de Gaspar Núñez de Arce, y una gran fiesta naval a la que concurrieron barcos de

---

<sup>39</sup> “El Eco de la Construcción”, 15-2-1910. *La Provincia*, 10-12-1891, 4 y 6-2-1892.

<sup>40</sup> *La Provincia*, 10, 14 y 20-2-1892; 2, 15 y 30-5-1892; 6 y 10-6-1892.

Francia, Holanda, Austria, Inglaterra, Portugal, Estados Unidos, Italia, México y Argentina. Sin duda, junto al Convento de La Rábida y sus alrededores, el Hotel Colón, “teatro obligado de toda clase de ceremonias oficiales”, destacó por su centralidad en los actos y, con él, Sundheim, que se convirtió en el anfitrión y mecenas omnipresente.

El día 4, por ejemplo, a las ocho y media de la tarde, los salones de su magnífico establecimiento acogieron el banquete con que el Ministro de Marina agasajó a los almirantes, jefes y oficiales de las escuadras extranjeras. Allí hay que situarlo y no mal colocado. Trescientas personas, de uniforme o frac, acomodadas en tres mesas dispuestas en forma de herradura, debieron de atender circunspectamente a los brindis de las autoridades en los que, sin ahorro alguno de apología y desvarío lírico, se exaltaron las bondades del Ejército y de la Armada, los elevados sacrificios de la marinería y la visión “genésica” de la nao Santa María entre los buques de guerra en la ría del Odiel. Se sirvieron diez platos, todos ellos enriquecidos con el refinamiento de un nombre francés (*potage a la Reine, lubine à la Montpellier, bouchées à la Florentine, poularde à la supreme...*) y se bebió vino de Jerez, Chateau Latour, Champagne Bouvier y Rüdeshheimer de la cosecha de 1884. Semejante ágape debió de ser duro para los marinos ingleses que ya la noche antes habían sido homenajeados con otro opíparo banquete por parte de la colonia británica de la ciudad. Pero no sólo ellos comieron y comieron, porque al final de los festejos los pichones que habían muerto en la competición de tirón de pichón fueron repartidos entre los pobres. Este inmejorable remate de las celebraciones de agosto sólo pudo ser superado con un gesto inédito: habiéndose encontrado a una tal Joaquina García Pinzón, que parecía ser descendiente directa de los marinos palermos, el Gobierno había emitido una Real Orden concediéndole 250 pesetas para pagar su traje de boda. Sin duda, era lo mejor que se podía hacer para garantizar la perpetuidad de la sangre pinzoniana<sup>41</sup>.

Continuación natural de estos actos fueron la visita a Huelva de Cánovas del Castillo y su esposa, Joaquina de Osma, a partir del día 4 de octubre y el viaje de la reina María Cristina y su hijo, el futuro Alfonso XIII, a Andalucía, culminando con su asistencia a las celebraciones onubenses a partir del día 10 de octubre. La regente

---

<sup>41</sup> *El Centenario*, tomo II (1892-1893), pp. 382 y s. Salvador Bernabéu Albert, 1892: *el IV Centenario...*, pp. 65-67. *La Provincia*, 2 al 10-8-1892.

clausuró el IX Congreso Internacional de Americanistas y presencié una procesión cívica por las calles de Huelva alusiva a la riqueza económica de la provincia, que fue inmortalizada por Juan T. Rosado en una curiosa y costumbrista serie fotográfica.



Imagen 6: *La procesión cívica del 11 de octubre de 1892 a su paso ante la tribuna real instalada en el antiguo Convento de La Merced*

Con toda solemnidad, el día 12 se inauguró el monumento al Descubrimiento de América, erigido en las inmediaciones del Convento de La Rábida y la reina firmó varios decretos excepcionales, entre ellos, un polémico indulto de cinco penas de muerte<sup>42</sup>.

Puede que para *La Provincia*, en su consabida parcialidad local, o para otros órganos periodísticos nacionales y extranjeros el balance no pudiera ser más positivo. Casi todos coincidían en que la conmemoración del IV Centenario había contribuido a extender y consolidar el prestigio de Cánovas más allá de las fronteras españolas y a reforzar la posición política de la monarquía borbónica que, desde la muerte de Alfonso XII en 1885, era representada por un Rey niño y una Reina regente. Pero lo cierto era que los festejos también

<sup>42</sup> *La Provincia*, 4 al 12-10-1892.

se habían convertido, irremediablemente, como tantos otros asuntos, en un objeto político capaz de enfrentar a liberales, republicanos y conservadores con las armas de batalla de sus respectivos órganos periodísticos. Así, sobrepasado el 3 de agosto, *El Globo*, periódico republicano afín al posibilismo, había afirmado que este primer ensayo no permitía augurar éxito alguno para las celebraciones de octubre y que la ciudad no había podido ocultar su carencia de infraestructuras al no poder alojar a las fuerzas militares que se habían desplazado a ella. Así las cosas, era previsible, según sugerían sus corresponsales, que la Reina tuviese que permanecer alojada en el buque real durante su visita, ya que la única alternativa que se le proporcionaba en Huelva era pernoctar en “la casa de un extranjero”. La alusión al Hotel Colón, propiedad de un súbdito alemán, era innegable, y se llegaba a afirmar, con un claro tono de menosprecio que toda la ciudad de Huelva era “tributaria de una fonda”. El ataque de *El Globo* a Sundheim y a su promoción interesada de las fiestas del IV Centenario no hubiera ido a mayores de no extenderse también esta crítica a las compañías mineras que, según el diario, medraban a costa de la provincia sin revertir en ella más que unos escasos beneficios<sup>43</sup>.

En esta idea de que el poder económico y político representado por las compañías mineras extranjeras -y, en particular, por la *Río Tinto Company Ltd.* - se encontraba detrás de la conmemoración coincidía con el periódico fusionista *El Correo*. Este, además, en numerosos artículos se afanó en criticar al gobierno conservador achacándole no sólo su improvisación y falta de compromiso en la organización de los festejos, sino también su escasa autonomía frente al poder omnímodo que las compañías mineras ostentaban en Huelva. Y al paso salieron *El Español*, *El Progreso*, *El Día* y *La Época*, entre otros, para defender las virtudes bienhechoras de Cánovas y rescatar a Sundheim, en cuanto personificación del capital extranjero, de las críticas furibundas que sobre él se habían lanzado<sup>44</sup>.

Al margen de estas lecturas, para la ciudad y la provincia de Huelva las expectativas iniciales habían resultado razonablemente

---

<sup>43</sup> *El Globo*, cit. en *La Provincia*, 11 y 27-8-1892.

<sup>44</sup> *El Correo*, cit. en *El Día*, 30-7-1892 y 1-8-1892; *La Época*, 30-7-1892 y 1-8-1892 y *La Provincia*, 13-8-1892.

satisfechas. El propio Guillermo Sundheim podía compartir personalmente esta euforia. En todos los fastos, el Hotel Colón había desempeñado un papel fundamental y emblemático. En él se alojaron todos los visitantes ilustres -excepto los miembros de la casa real, que permanecieron en el crucero “Conde de Venadito”, fondeado en la ría- y en él se celebraron recepciones diplomáticas y protocolarias, banquetes y bailes. Tan notable había sido el protagonismo del alemán, en definitiva, que el Ayuntamiento decidió premiarle con una calle y eligió la avenida que partía desde el Hotel Colón hacia el cabezo de San Cristóbal para darle el nombre de Alameda Sundheim. E, incluso más arriba, como ya expliqué, las columnas del reconocimiento debieron de conmoverse porque una vez finalizados los festejos el Gobierno pretendió premiar el trabajo que él y Sundheim habían realizado con sendos títulos de nobleza<sup>45</sup>.

Había que ser, ante todo, positivos. Bien cierto era que no se había conseguido ni edificio para la Biblioteca colombina, ni museo ni mausoleo, pero el embarcadero del río Tinto lucía coqueto; en el Convento de La Rábida la restauración esmerada de Ricardo Velázquez quedaba patente, y su monumento al Descubrimiento, aunque terminado con prisas y sustituyendo el mármol de los remates por madera y yeso, se erguía con dignidad suficiente.

De lo demás, arquitecturas efímeras y atrezzo, como en la vida misma, nada más permanecería. Antes de que octubre acabase, el Ayuntamiento ya había sacado a subasta pública los restos polvorientos de la efémerides -incluidas las tres carrozas, la tribuna y las 20.000 bombillas- quizás con el ánimo de despejar sus almacenes y recuperar algo del peculio invertido<sup>46</sup>.

---

<sup>45</sup> Manuel de Burgos y Mazo, *Antología histórica...*, p. 50. *La Provincia*, 23-10-1892.

<sup>46</sup> *La Provincia*, 25-10-1892.